por los pseudo científicos que la izquierda ha preparado en el extranjero y cuyc comportamiento puede estar señalado y marcado por algún caso bien notorio que recientemente ha tenido que ser sancionado.

Los hijos de las tinieblas suelen ser más astutos que los de la luz; pero pueden darse casos que demuestran lo contrario.

El ejemplo de las elecciones en Buenos Aires será bueno que se difunda y que no sólo en el ámbito universitario sino en todos los demás, marque el retroceso de la idea de que las izquierdas están logrando una mayoría. Esta idea es la misma izquierda la que la maneja y desgraciadamente encuentra eco en los ambientes más hostiles a la misma izquierda. Con ánimo sereno y sabiendo trabajar se levanta el mejor dique a las ideas disolventes. La violencia hará nada o muy poco. Para defender la libertad sepamos usar la libertad y a través de su mismo atractivo convenceremos a quienes sólo trabajan para imponer la peor dictadura: la comunista.

Las dos concepciones de la Universidad se mostraron en los discursos pronunciados con motivo de la toma del rectorado por el Dr. Olivera. El Rector saliente insistió en la ciencia y en la investigación y en los progresos materiales conseguidos. El Dr. Olivera, en la parte más medular de su exposición, señaló que el objetivo de la Universidad no puede ser sino la utilidad pública o interés común. Y este interés común incluye tres componentes principales:

"Primero, la libertad, asociada con la solidaridad moral y la justicia. Segundo, el bienestar material y la elevación espiritual del pueblo. Tercero, el fortalecimiento del carácter nacional. Creo también que estos componentes se hallan entre sí en una relación complementaria y no sustitutiva, y que forman en conjunto una pauta única de valoración y decisión".

La formación del carácter nacional como meta principal debe ser tenida en cuenta por todas las universidades y es buena señal que la de Buenos Aires retome este camino.

literatura

la religiosidad de martín fierro

• GUILLERMO FURLONG, S. J.

Dícese que cuando Enrique Heine hubo visto y contemplado, por vez primera, la Catedral de Colonia, exclamó: *"Sólo en siglos de dogmas se pudo haber realizado una obra de tanta grandeza y esplendor"*, y no olvidemos que en esos siglos de dogmas, no sólo surgieron esos poemas de piedra que llamamos catedrales, sino que al lado de ellos surgieron esos emporios del saber máximo, llamados Universidades, y de la conjunción de esas dos entidades, fe y ciencia, surgieron las naciones mismas que desde hace centurias, llenan de gloria los fastos de la cultura.

Y lo dogmático, aunque afecta primordialmente al intelecto, fluye al corazón y engendra la ascética, la que cuando

se sublima, llega a las alturas de la mística, y lamentabilísimos han de ser los prejuicios de quien se atreva a poner en tela de juicio la esencia dogmática y la tesitura ascética del Martín Fierro.

A nuestro juicio, con la sola excepción de algunas producciones literarias, estéticamente muy inferiores al poema de Hernández, no es dado hallar en el Parnaso Universal una de más intensa religiosidad. Es que la fe y la moral, la ascética y aun la mística cristiana esponjan todo el Martín Fierro, como esponjaban el alma de nuestros gauchos, según lo que personalmente pudimos comprobar, a fines de la pasada centuria en nuestros pagos santafesinos, en Arroyo Seco y en Godoy, en Villa Constitución y en Coronel Bogado, y posteriormente, en regiones salteñas, catamarqueñas y aun cordobesas, incontaminadas aún con lo que suele llamarse progreso y civilización.

El mismo Hernández, identificado con el gaucho, ha escrito unas cláusulas, que no hay que olvidar, pues ha aseverado que es *"muy difícil, sinó de todo punto imposible distinguir* (en el Martín Fierro) *y separar cuáles son los pensamientos originales del autor y cuáles los recogidos de las fuentes populares"* y por eso nos dice él que compuso un libro que habría de deleitar, pero *"enseñando las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales", "enseñando a los hijos cómo deben respetar y honrar a los autores de sus días", "fomentando en el esposo el amor a la esposa, y recordando a ésta los santos deberes de su estado"*, y finalmente *"inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Criador"*.

Son palabras del autor del Martín Fierro y hay que reconocer que, identificado con el alma del gaucho, Hernández no se contentó con introducir en su poema el ejercicio de las virtudes, justicia y templanza, sino que dio también amplísima entrada a la fe, a la esperanza y a la caridad para con Dios y para con el hombre, imagen de Dios.

Hay en nuestro poema máximo no pocas expresiones que tal vez prueben poco, pues es posible que sean fórmulas de uso común, meras interjecciones o exabruptos, modos de decir, otrora en boga:

. . . .

Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dió

. . . .

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía

. . . .

Pero sabe Dios, qué zorro
Se lo comió al Comisario

. . . .

Dios guarda entre sus secretos
el secreto que eso encierra

. . . .

Y respondedme al momento:
¿cuándo formó Dios el tiempo
y por qué lo dividió?

. . . .

Espero en Dios que esta cuenta
se arregle como es debido

. . . .

Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar

. . . .

Aceptemos que éstas y otras expresiones similares sean locuciones que, en la época del protagonista del poema, estaban ya despojados de todo contenido espiritual; concedamos que sean meras fórmulas o idiotismos, pero no es dado aseverar lo propio con referencia a tantas otras cláusulas:

Gracias le doy a la Virgen
Gracias le doy al Señor
Porque entre tanto rigor
no perdí mi amor al canto.

. . . .

Allí juramos los dos
respetar tan solo a Dios;
de Dios abajo a ninguno

....

Yo alabo al Eterno Padre
no porque las hizo bellas
sino porque a todas ellas
les dió corazón de madre.

....

Lo castigó, en mi conciencia
Su Divina Magestá;
donde no hay casualidá
suele estar la Providencia.

....

Y en humilde vasallaje
a la Magestá infinita
besé esta tierra bendita
que ya no pisa el salvaje...
Al fin, la misericordia
de Dios, nos quiso amparar...

....

Son las almas de los que han muerto
que nos piden oraciones.

Pero damos también de barato todas estas expresiones, y tantas otras, cuyo contenido espiritual no puede sensatamente negarse, y que, a nuestro ver, prueban con creces la intensa religiosidad de Martín Fierro, y anotemos los rasgos no tan sólo religiosos, sino también ascéticos del poema, ya que los afectos, como lo expresó Shakespeare, son las almas de las palabras y de los pensamientos, con que ellas y ellos llegan hasta Dios. Martín Fierro, lejos de ser el hombre animal, tan sólo dominado por los instintos, ajeno a toda ley humana y divina, con el espíritu circunscripto a las aspiraciones meramente materiales, es un hombre de oración, y la oración, es la elevación del alma a Dios, es el encuentro de la criatura con su Creador, y ese encuentro es lo más sublime de que es capaz el hombre en este mundo. Swetchine ha escrito que "*la oración es el único lenitivo del dolor y es la omnipotencia de Dios puesta en manos de la debilidad humana*". Dios responde siempre, cuando se le habla por la oración, y sólo los ateos (si es que los hay) y los necios (que abundan), pueden atreverse a negar esta realidad. No articula palabras, pero efectúa en nosotros lo que El quiere y lo que nosotros queremos. Los goces de la oración únicamente son comprendidos por aquellos que los experimenta:

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
que lo mantenga en su gloria.

....

Monté y me encomendé a Dios,
rumbiando para otro pago.

....

Yo me encomendé a los Santos
y eché mano a mi facón.

....

Y yo dije: si me salva
la Virgen, en este apuro,
en adelante le juro
ser más bueno que una malva.

Al referirse a la muerte de Cruz, escribe el poeta:

Lo apretaba contra el pecho
Dominao por el dolor.
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles;
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al Criador.
De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús!

Después de haber muerto al salvaje que maltrataba a la mujer, cuyo hijo había asesinado en la presencia de ella:

Me persiné dando gracias
de haber salvado la vida:
Aquella pobre afligida
De rodillas en el suelo,
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.
Me hinqué también a su lado
A dar gracias a mi Santo
En su dolor y quebranto

Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

El hijo mayor de Martín Fierro preso entre rejas:

De furor el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sino aguantar
Aunque sosiego no alcance;
¡Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar!
....
¡Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
En esa tribulación
Gime olvidado del mundo,
Y el dolor más profundo
Cuando no halla compasión;
Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar.

Es una expresión de profunda sabiduría, y ella sola bastaría, en buena ley, para calificar de religiosísimo el poema de Hernández, ya que si es verdad, como dijo Balart, que nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas, Martín Fierro no sólo nos dice que en varias coyunturas se puso de rodillas físicamente, sino que repetidas veces nos dice que hizo oración, y cualquiera que sea la postura del hombre que reza, su alma está de rodillas.

La única página carente de toda religiosidad, en lo que atañe a un actor principal de poema, es la del Viejo Vizcacha: el avaro, el codicioso, el egoísta; pero aún en esa página de crudo laicismo, la religiosidad del segundo de los hijos de Martín Fierro echa resplandores de religiosidad. Después del deceso del avariento viejo:

Se largaron como he dicho
A disponer el entierro;
Cuando me acuerdo, me aterro,
Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo colgué al pecador;
Y como hay en el Señor
Misericordia infinita,
Rogué por el alma bendita
Del que antes fue mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario;
Hay le champurrié un rosario
Como si juera mi padre,
Besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.

Martín Fierro mismo después de haber muerto a los policías:

Yo junté las osamentas,
Me hinqué y les recé un bendito;
Hice una cruz de un palito
Y pedí a mi Dios clemente
Me perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.
....
Pido perdón a mi Dios
Que tantos bienes me hizo...

El arrepentimiento *por motivos sobrenaturales* es el más veloz de los vehículos, que llevan a Dios, porque implica humillación, y siempre ha resultado verdaderísima aquella aseveración de San Agustín: *Tú te levantas por la soberbia, Dios huye de ti; tú te abajas por la humildad, Dios se abaja a ti.* Sin embargo, no ha faltado quien para negar religiosidad en este acto de arrepentimiento (y la empresa no era fácil) ha excogitado que toda esa escena no es sino una humorada; toda ella es un chiste; hay que entenderla toda en sentido burlesco. ¡Pasma aberración tan palmaria! ¡Tomar por chanza y por zumba, una de las páginas más bellas del Martín Fierro!

El escritor que eso estampó en uno de sus libros, atrevióse también a afirmar

que el poema de Hernández era un poema pesimista. Nosotros no sólo negamos ese supuesto pesimismo, sino que consideramos al Martín Fierro como un dechado de cristiano optimismo. El pesimista no ve más que el lado sombrío del dolor, y olvida que es ese mismo dolor lo que purifica, levanta y redime, y por lo general templa el alma y proporciona a la misma energías insospechadas, y le descubre derroteros antes ignorados, y si se ha cerrado una puerta, otra hay que se ha abierto de par en par. No hay, ni puede haber, pesimismo donde hay luz, amor y vida, y todo el Martín Fierro es saber y cantar, y es cantar y amar, y es vivir para saber y para amar.

El pesimista Schopenhauer, en un solitario arranque de optimismo, dijo que el amor a la música era el amor a la vida, no obstante sus decepciones y tribulaciones, y así como era una metafísica que se hacía sensible, era un luz que lo llenaba todo de vistoso colorido, y bien sabido es cómo las tribulaciones, tantas y tan íntimas, lejos de llevar a Fierro a la desesperación, le llevaron a gozar de la luz, del amor y de la vida, en alas de dos elementos: su amor al canto y la segura posesión del saber profundo, cual era el suyo.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió;
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar,

y junto con el canto, que le había de acompañar hasta los pies del Eterno Padre, le acompañaba otro tesoro: el depósito de sabiduría heredada de sus antepasados y que prefería a todos los saberes de los hombres, llamados cultos:

Aquí no valen dotores
sólo vale la experiencia;
aquí verán su inocencia
(o su falta de ciencia)
esos que todo lo saben;
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

y esa ciencia que heredó el gaucho y cuyo *substratum* más valioso era y es la religión, la ha sabido acrecentar y vivificar, gracias a su continuada lectura en el gran libro de la naturaleza. Dos son los libros que nos ha dado Dios, escribió San Agustín: la Biblia y la Naturaleza. Ambas son para todos, pero sólo los literatos podrán leer en el primero de ellos; todos en el segundo.

Para el gaucho Martín Fierro, la naturaleza toda hablaba el misterioso lenguaje que sólo entienden las almas religiosas y, para él, en conformidad con el Salmista, proclaman la existencia, la grandeza y la bondad de Dios:

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuando uno es más desgraciao
y que Dios las haya criao
para consolarse en ellas,

y en otra parte nos dice que

Les tiene el hombre cariño,

cariño a las estrellas, que es como decir cariño a quien las hizo y con ellas tachonó los cielos. Si Manuel Kant confesaba ignorar el por qué de esos astros allá arriba, como confesaba desconocer el porqué de esa conciencia que en lo íntimo de todo hombre aprueba a condena sus actos, el gaucho argentino sabía más, inconmensurablemente más, que el filósofo de Konigsberg:

Para Martín Fierro

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al cair el rocío

cantan al silbar el viento;
lloran cuando cain las aguas
cantan cuando brama el trueno

y a la par de los luminosos astros de allá arriba, eran los fenómenos todos que ofrece la naturaleza al gaucho acá abajo, desde el insecto y la flor hasta el hombre, con haber sido el hombre tan poco hombre con el gaucho:

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son;
Les dió toda perfección,
Y cuanto El era capaz.
Pero al hombre le dió más,
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento.
Le dió vida, y movimiento
Dende el águila al gusano
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo,
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Que los bienes igualaba,
Con las penas que le dió.

Mientras se pasa por alto, o desdeñosamente se califica de supersticiosas, tantas y tan elocuentes expresiones religiosas, como pululan en el Martín Fierro, y mientras se ocultan aquellos versos del protagonista

Debe el gaucho tener
Escuela, Iglesia y derechos,

como se ocultan también las frases del mismo Hernández, que recordamos al principio de estas páginas, se asegura enfáticamente, aunque sin el menor fundamento para ello, que el bellísimo fragmento lírico, que acabamos de recordar, es una rapsodia de pensamientos ajenos, ajenos por ende a Martín Fierro y ajenos a Hernández, y no contento con echar tan espesas nieblas sobre nuestro bellísimo poema gauchesco, se asevera que en él, *todo está adherido a la tierra, y los pensamientos no sobrepasan el perímetro de la acción y de los seres y de las cosas inmediatas*, siendo así que, a todas luces, trascienden a las esferas de la misma ascética y aun de la mística.

Hasta se ha escrito que *"sería infructuosa la búsqueda de ideas o sentimientos de largo alcance o de larga duración"*, cuando es precisamente la riqueza de conceptos de esa tesitura lo que ha popularizado e inmortalizado el poema de Hernández. Basta abrir al azar el poema, en cualquiera de sus páginas, para hallar luces y destellos de alcance infinito y de duración eterna:

Cuanto el hombre es más salvage
trata pior a la mujer;
....
Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores.
....
Ama el hombre con ardor;
Ama todo cuanto vive;
De Dios vida se recibe
Y donde hay vida hay amor.

Es posible y hasta probable que no haya ideas o sentimiento de largo alcance o de larga duración para quienes

están al margen de lo religioso, para quienes se han atrevido a referirse a *"la ausencia de toda creencia religiosa en el poema, así en Martín Fierro como en los demás protagonistas"*, si bien se hace una concesión a la evidencia y se agrega que *"acaso sea el Hijo Mayor el único que, por la intensidad de sus infortunios, acuse alguna inquietud a este respecto. Las frases que emplea Martín Fierro están dentro del habla popular, que alude a la Providencia, la Virgen y los santos sin que ello pase de ser un lugar común de la conversación. Es verdad que en trances difíciles, como en la pelea con la partida, o en el Preámbulo de cada Parte, Martín Fierro acude al auxilio de personas sobrenaturales; pero, lo mismo que su intención de enterrar al Negro en tierra sagrada para que no pene su alma, no trasciende de un vago y universal sentimiento supersticioso que se estimula en la desgracia. Además, faltaría establecer hasta dónde, en la casi totalidad de los casos, esa apelación al auxilio divino juega un cometido circunstancial y convencional"*.

"El gaucho era en el fondo un ser completamente descreído. Su religión era un deísmo sui géneris que se reducía a figurar una cruz con los dedos, o a besar el escapulario que llevaba al pecho en los momentos difíciles de la vida...".

Y en confirmación de asertos tan errados se citan unas palabras de Joaquín V. González:

"La religión de ese gaucho degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero sí arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas desgarradas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasión más que el raciocinio, su religión era en verdad su rencor o su ambición".

Todo esto está escrito, en un libro de grandes alientos y de innegables méritos, y arropado en un estilo terso y elegantísimo, pero en el que, con una dialéctica iconoclasta, basada en una aversión manifiesta a todo lo religioso, se saca de quicio aun lo más firme y mejor fundado. Con citas nada probativas, por venir de donde vienen; con citas de Vicente Fidel López y de Joaquín V. González, se acepta que el gaucho era un degenerado, era un supersticioso, era un descreído, y en él dominaba el instinto sobre la inteligencia, la pasión sobre el raciocinio, el rencor y la ambición sobre la religión, pero esos asertos, espesos en falsías, en engaños y en odios, no responden a la verdad histórica, sino a la pasión sectaria.

Desde los tiempos nefastos de José María Gutiérrez, sus sucesores no se han ocupado y menos aún se han preocupado de la verdad.

Son duras de decir estas cosas, pero nos aflige y nos apena que hombres de vasto saber, impulsados por móviles, ajenos a la verdad, y de espaldas a la misma, así hayan difamado al gaucho, alma de nuestra legítima grandeza nacional, contrariando así la esencia misma del poema de Hernández, y también nos sorprende, y nos maravilla, que mientras los López, los González, los Martínez, han minimizado así al gaucho, aun en lo más sagrado que es su religiosidad, sean los Hudson, los Cunninhame Graham y los Holmes, ajenos a todos los móviles políticos y a todos los vientos sectarios, protestantes todos ellos, quienes han salido y salen en defensa de la religiosidad del maltrecho gaucho.

Para el postrero de los autores citados, Henry Alfred Holmes, en *The Argentine Gaucho Epic*, New York 1948, *el poema argentino todo, en conformidad con el ideal de San Pablo, "vive, se mueve y tiene su existencia en lo religioso" y lo tiene tan intensamente que, quitado este elemento, todo el poema perde su fuerza y su virtud, de tal suerte que puede asegurarse que el Martín Fierro es un* poema bíblico: *Here again, as in so many other important features,* the poem is Biblical". ◆